

Hinojosa de Duero – Vega Terrón por La Fregeneda y la Quinta de Valicobo

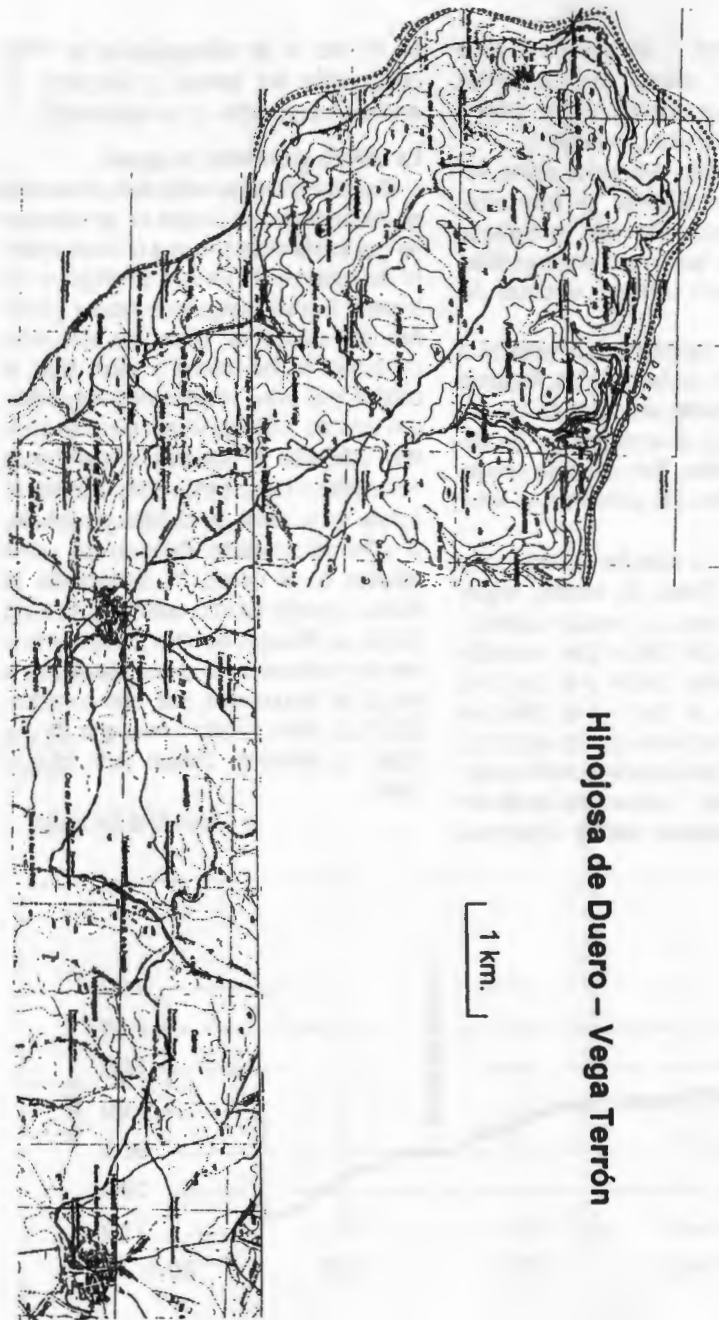
Las Arribes

El zócalo del antiguo macizo Hespérico (*grosso modo* una inmensa montaña que ocupó en épocas muy remotas –400/600 millones de años atrás– buena parte de lo que hoy es la península Ibérica, que, por cierto, no tenía entonces la silueta que hoy nos es familiar), está formado, principalmente, por granitos y pizarras. Las redes fluviales que hoy conocemos también han sufrido muchos cambios a lo largo de un tiempo enormemente largo en el que han conocido diversas transformaciones. Los ríos han buscado sus trayectorias por donde el modelado del relieve se lo permitía y en el caso que nos ocupa ese zócalo erosionado y convertido en penillanura ligeramente inclinada hacia poniente marcó al río Duero y sus afluentes el camino a seguir. Posiblemente encauzadas al principio en suaves depresiones las corrientes de agua fueron afianzando sus trazados al ir erosionando a lo largo de milenios los fondos rocosos de sus lechos. Así las vaguadas se convirtieron en valles encajados y éstos, poco a poco, en los impresionantes cañones que hoy podemos ver. El gran escalón que encuentran para descender de la submeseta norte hasta el Atlántico acelera e intensifica el proceso. Muchos

milenios después nuestra especie llegó y se estableció en estos lugares, probablemente al amparo que ofrecía la orografía contra una climatología adversa, además de contar con agua y fuentes de alimento abundantes. Ignoramos las impresiones que tuvieron los primeros habitantes de estas zonas pero debieron ser muy intensas teniendo en cuenta el impacto visual y emocional que causan estos paisajes; y así quedó reflejado en la sacralización de diversos enclaves de la región.

Un aspecto curioso es el relativo a la etimología del nombre, o de los nombres, de la comarca. Según algún autor, hasta la década de los sesenta era conocida como La Ribera, ganando popularidad la denominación "Los" ó "Las" "Arribes" a raíz de la difusión de publicaciones relacionadas con la construcción del complejo hidroeléctrico, ya que "arribes" sólo era aplicado por los habitantes de la zona a los fuertes escarpes y pendientes que encajan a los ríos y no a las tierras circundantes. También se mantiene que "arribes" deriva del latín "ad ripas", es decir, riberas.

Atendiendo a otro aspecto, tanto los cañones fluviales como los territorios adyacentes mantienen una riqueza natural importantísima, no sólo paisajísticamente, sino por acoger una flora y fauna excepcio-



nales. La vegetación es típicamente mediterránea, aunque en las partes altas deja bien clara su influencia la atlanticidad. Robles, quejigos, "escobas" de diferentes especies, encinas, jaras, almeceas, enebros, cornicabras, torviscos, labiémagos, etc. son las más representativas. Entre la fauna destacan las especies rupícolas, es decir, asociadas a paredones y cantiles, tales como el buitre leonado, el alimoche, la cigüeña negra, el águila real, el avión roquero o el búho real; asimismo, están presentes el jabalí, el zorro, el gato montés y un número considerable de reptiles, anfibios y peces, por no hablar de ininidad de invertebrados, que forman eslabones básicos en las tramas de los ecosistemas.

El Olivo

La cultura mediterránea no se entendería en su plenitud si faltase el olivo; y, en consecuencia, si faltase el aceite que se extrae de sus frutos. Originariamente éste se utilizó como alimento, usándose, además, en medicina, para el alumbrado y en ceremonias rituales. Pero, antes que el olivo fue

el acebuche, a veces arbusto y otras veces árbol con ramas espinosas y hojas y frutos menos desarrollados que su variedad cultivada. Ambos aguantan mal el frío y por ello se refugian y medran, silvestres o domesticados, en altitudes modestas o en latitudes bajas. Seleccionados desde hace milenios, los acebuches se convirtieron en olivares, y el árbol, al igual que las encinas, los robles, las hayas y otros muchos, fue revestido de carácter sagrado en buena relación con divinidades y héroes: la paloma que señala el fin del diluvio lleva en su pico una rama de olivo; este árbol se consagra a Minerva; a los atletas y guerreros se les corona de olivo; se bendice ungiendo con aceite; etc.

Allí donde el relieve lo permite se alinean hasta perderse en el horizonte, y donde lo abrupto del paisaje—como en Las Arribes o en áreas serranas—escatima el terreno cultivable ocupan los bancales escalonados en las laderas. Los aterrazamientos donde crecen olivos, almendros y vides son una obra titánica en la que se derrochó esfuerzo para acarrear piedra, construir muros y

sistemas de riego, y se transportó tierra adecuada para rellenar las pendientes erosionadas o de escaso suelo; todo a base de tracción animal y humana.

Los olivos pueden vivir varios siglos, llegando, excepcionalmente, a milenarios. Sus troncos retorcidos son verdaderas esculturas de las que emana esa serenidad y belleza que sólo consigue el cincel del tiempo.

Un árbol de crecimiento tan lento sólo dará fruto a partir de los 15 años, llegando su pleno rendimiento alrededor de los 40. Hoy, sin embargo, se consigue que fructifique a los 4 ó 5 años. Bien cumplido el siglo y medio su producción comienza un lento declive.

Las aceitunas se cosechan entre finales de noviembre y finales de febrero, según las zonas. Esta faena se realiza cogiéndolas directamente del árbol o bien vareando las ramas para que caigan a su pie. Una vez recolectadas se llevan a la almazara (del árabe al-ma'sara: el lugar de exprimir), para su lavado, clasificación y molturación. Los tonos, aromas y sabores del aceite de oliva son muy variados debido—igual que

en el vino— a las diferencias en el clima, composición del terreno y diversidad de aceitunas empleadas en su elaboración.

La cabaña ganadera y el queso

Que los buitres leonados sean frecuentes en los cielos de Las Arribes es un indicativo de que existe en la comarca un buen número de cabezas de ganado en régimen extensivo. Aún se trabaja en bancales y cortinas con caballerías; el vacuno aprovecha pastizales en los prados y sobre todo, el caprino y el ovino—destacando este último con más de 8.000 cabezas—recomen montes, vallejadas y praderas aprovechando herbazales o raneando entre el matorral. Aparte de la venta de cabritos y corderos, el principal producto derivado de estos rebaños es el queso. Y, destacando, el queso de oveja. La raza autóctona, la oveja churra, se distingue de otras porque su lana cae en vellones o guedejas alargadas, a modo de tirabuzones, por sus costados. Esta raza, seleccionada y mejorada, da una leche de excelente calidad para fabricar queso.

JUAN JOSÉ BAUTISTA

Hinojosa - Vega Terrón

